



LOS HECHICEROS
DEL DRAGÓN

Santiago Matías López

LOS HECHICEROS
DEL DRAGÓN



Primera edición: julio de 2020

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Santiago Matías López

ISBN: 978-84-18250-40-8

ISBN digital: 978-84-18250-41-5

Depósito legal: M-9363-2020

Editorial Adarve

C/ Ros de Olano 5

28002 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

*A mi padre, mi madre y mi hermana,
por siempre estar abí.
A Ignacio Viñas, por inspirar a Víctor.*

CAPÍTULO 1

UN MENSAJERO MISTERIOSO

Era verano en Ríndesting, un pequeño pueblo que casi nadie conoce. Un sol radiante daba calor, las olas azotaban en la playa mientras el viento soplaba entre las altas rocas y las gaviotas atrapaban a los desprevenidos peces que encontraban.

Era un hermoso lugar en medio de la nada, apartado del resto del mundo. No aparecía en la mayoría de los mapas, ya sea porque los cartógrafos no lo consideraban importante o bien les daba demasiada pereza incluirlo. Su mayor fuente económica era la pesca, aunque tan solo tenían unos cuantos puntos de venta en las ciudades y puertos más cercanos.

Por allí todo iba de a uno, nada se repetía. Una sola escuela, un solo consultorio médico, una sola estación de bomberos. La demanda de trabajo no era muy grande, por lo que los residentes siempre acababan heredando el negocio de sus familias o volviéndose pescadores. Su población no era nada de que presumir, una manada de elefantes era más numerosa.

Pese a no tener prácticamente ningún atractivo turístico, el pueblo recibía cada cierto año a un reducido número de visitantes que siempre llegaban en las mismas fechas y horas como si los hubiesen citado. No iban para admirar la belleza de la pesca y las apelonadas hileras de casas idénticas, tan solo eran gente que iba a visitar a esos miembros de la familia que preferían mantener la distancia. Por supuesto su estadía jamás era duradera, tan pronto se

les daba la oportunidad, se marchaban en sus vehículos de cuatro ruedas sin tan siquiera mirar por el espejo retrovisor.

Nadie los culpaba. Ríndesting era el hogar de una gran tragedia y condena. Bajo su superficie de inocencia y luz de sol, se ocultaba una terrible herida que todos en el pueblo cargaban como una cruz. Antaño, todos allí eran personas cualesquiera que llevaban adelante sus vidas felices y despreocupadas. Eso cambió años atrás, cuando todos se convirtieron en presas del miedo y la desesperación.

Nadie supo por quienes ni por qué hacía exactamente cinco años atrás, Ríndesting había sido atacado y casi destruido por completo. Más de la mitad de los pobladores habían sido asesinados, de los que se salvaron, la mayoría habían resultado heridos de gravedad y hubo dos que desaparecieron sin dejar rastro. Muchos de los sobrevivientes se fueron del pueblo, otros se quedaron al no tener a donde ir.

Las playas del pueblo se convirtieron en un desierto desolado junto al océano que nadie visitaba salvo para zarpar en sus barcos pesqueros en una rutina que no daba sosiego. Una persona era capaz de convertir aquella desgarradora soledad en un lugar seguro para él y su voz interior, un joven de catorce años, bastante alto para su edad, delgado pero no escuálido, con la piel bronceada producto de sus largas sesiones de aislamiento en la playa, de cabello castaño y desparramado con un flequillo que le tapaba la frente y ojos color anís. Estaba completamente solo, sentado en absoluto silencio en la arena cubierta de conchas y caracoles. Vestía una camisa blanca, *jeans* cortos y sandalias. Tenía una expresión de tristeza con los ojos perdidos hacia el mar. Su nombre era Calvin Stone. Vivía en el pueblo con su tío Mordican y su primo Narciso, no eran las mejores personas del mundo, pero se conformaba. No era como si tuviera muchas disyuntivas, no tenía a nadie más, no desde que sus padres desaparecieron cuando ocurrió el ataque al indefenso poblillo.

Sus recuerdos de ese suceso jamás se borraron, eran más frescos y vivos que el recuerdo de su día anterior, aunque no logró ver gran cosa más que el horror de la muerte.

La noche en que ocurrió, él estaba en su habitación leyendo un libro bastante grande para que lo leyera un niño de nueve años mientras sus padres conversaban en el patio delantero. No recordaba el título del libro, estaba mezclado entre tantos otros que había perdido la cuenta.

La lectura había sido su pasión desde muy pequeño, cualquier cosa que tuviese palabras en español, él las leía. La habitación estaba colmada de repisas llenas de todo tipo de libros, desde historietas hasta novelas de misterio, desde biografías hasta sagas de fantasía. Había aprendido a leer a los tres años, desde entonces no había parado. Cada año su padre tenía que instalar una nueva repisa para la docena de libros que había devorado en el transcurso de los meses. A Calvin le gustaba releerlos de vez en cuando para evitar que se acumularan. Lo que más le gustaba era ir a la biblioteca, era el único lugar en todo Ríndesting con más libros que su habitación.

Esa habitación era como su búnker privado. Rara vez salía de allí si no tenía que hacerlo. Sus padres constantemente le insistían para que saliera y fuera a jugar con otros niños, Calvin simplemente no le veía el caso. Los otros niños del pueblo se la pasaban jactándose de lo raro que era por pasarse el día en casa leyendo en lugar de jugar a la pelota, y siempre lo evitaban cada vez que se les acercaba o intentaba sumarse a alguna de sus actividades. Calvin no se sentía ofendido por ello, simplemente concebía que esos niños tenían mentes demasiado limitadas en comparación con la suya y por eso eran incapaces de entenderlo.

Para él, el mundo estaba en sus libros. En ellos podía verlo todo. Cada vez que leía, era como si viajara a los lugares más maravillosos.

Parecía una noche tranquila y normal hasta que de la nada empezó a oír gritos desesperados. Por un segundo creyó que era la televisión del comedor que siempre quedaba encendida, pero pronto se dio cuenta de que los gritos venían de afuera. Eran los alaridos de auxilio de miles de personas que retumbaban en sus oídos como hachas de hielo, se oían también fuertes golpes,

disparos y estallidos. Sonaba como si una guerra campal acabara de desatarse.

Calvin dejó el libro sobre la cama sin marcar la página en la que había quedado su lectura. Su primer instinto fue buscar donde esconderse. Un segundo instinto, más valiente o más ingenuo, surgió al recordar que sus padres estaban fuera. Corrió hacia la puerta principal y salió a la calle. Apenas se asomó al exterior, deseó haber optado por su primera decisión.

Al salir, un golpe de calor lo azotó de frente y el brillo del fuego lo deslumbró. Lo que se extendía ante él era el mismísimo infierno. Las casas se incendiaban, sus vecinos y conocidos corrían llenos de pavor, los gritos atestaban el aire. Por la calle y las aceras, cuerpos inertes reposaban en posiciones obscenas. Calvin se cubrió la boca al entender por las fatales heridas y sus miembros faltantes, que esos cuerpos eran cadáveres.

Calvin pudo identificar a los responsables, danzaban entre las llamas en un baile de destrucción y muerte. Individuos con la mitad de sus cabezas ocultas tras las capuchas de sus fúnebres ropajes negros, se movían como sombras de casa en casa. Irrumpían en una vivienda y a los pocos segundos esta ardía en llamas. Cazaban a sus residentes como lobos en manada hasta acabar con sus vidas. Los hombres intentaban defenderse a las trompadas, palazos e incluso con pistolas y rifles, no servía de nada. Esos individuos parecían imposibles de lastimar, sin importar cuantos golpes o balazos recibieran, seguían avanzando sin herida aparente. Los invasores no llevaban consigo escopetas, lanzallamas o armas eléctricas, pero de algún modo, sin usar nada más que sus manos desnudas, desataban corrientes de fuego, balas luminosas y descargas relampagueantes. Sus desafortunadas víctimas estaban indefensas ante ellos, eran asesinadas sin remedio. Esos monstruos atacaban y mataban sin la menor compasión todo lo que se movía.

Parecía que estuviera viviendo una pesadilla. Calvin se pellizcó al menos treinta veces, pero sentía el dolor y la imagen de los pueblerinos corriendo por sus vidas seguía ahí.

Entonces, una de esas personas encapuchadas se le acercó con sus dedos alargados como garras dirigiéndose a su rostro. La respiración se le aceleró, sus arterias estaban a punto de reventar. Por alguna razón, por más que le decía a sus piernas que corrieran, estas preferían quedarse en su sitio. Cerró los ojos derramando lágrimas de terror.

Cuando pasó el suficiente tiempo para que la incertidumbre alcanzara al miedo, Calvin volvió a abrir los ojos. Se encontró a su atacante retorciéndose de dolor mientras su cuerpo brillaba con una intensa luz blanca. El brillo cesó en el momento que el individuo se volvió una nube de humo negro.

Por el tremendo estrés o por cualquier otra razón, Calvin se derrumbó en el suelo. Alcanzó a vislumbrar dos figuras irreconocibles que se aproximaban antes de que todo se volviera borroso hasta quedar en negro.

Al despertar, se encontraba como si un caballo le hubiese pasado por encima. Con esfuerzo se puso de pie creyendo que todo había sido un sueño, pero en cuanto el dolor muscular y la jaqueca se apaciguaron un poco, pudo ver que estaba en medio de la calle y que todas las casas estaban negras y quemadas. No había sido un sueño.

La inmensa quietud lo perturbó. Ante el alba ya no había ningún encapuchado, como si se hubiesen marchado junto con la noche. Los cadáveres, por desgracia, seguían allí. La peste a podredumbre le revolvió el estómago. No había ningún ser humano vivo a la vista, Calvin empezó a temer que todos hubiesen muerto. Un cierto alivio vino a él cuando algunas personas salieron de sus arruinadas casas con el terror reflejado en sus caras. Todos deseaban creer que solo habían tenido una pesadilla, pero sabían muy bien que la noche anterior había sido real.

El pináculo del desespero tocó a Calvin al recordar a quienes habían estado compartiendo un refrigerio a la luz de la luna. En vez de buscar entre los occisos o entre las personas restantes, se fue en dirección contraria a paso de carrera. Su casa estaba vacía. Llamó a gritos a sus padres. Nadie respondió.

Desde aquella noche, él sonreía en muy pocas ocasiones. Nadie volvió a saber de sus padres, John y Clarisa Stone, de nuevo. De entre las decenas de víctimas, los suyos eran los únicos cuerpos que jamás fueron hallados. Fueron reportados como personas desaparecidas, pese a que nada apuntaba a que siguieran vivos.

Nadie jamás descubrió la identidad de los perpetradores, nadie pudo dar explicación a qué los incitó a llevar a cabo una masacre tan cruel y sanguinaria. Tal vez no existía tal explicación.

Calvin tuvo que pasar bajo la custodia de su tío, con quien vivió en el pueblo desde entonces. Él y su primo se mudaron a su casa, ocuparon la habitación de sus padres y los tres formaron un mutuo pacto de silencio.

Las cosas retomaron su curso eventualmente, las casas fueron reparadas, las heridas físicas tratadas y los muertos recibieron funerales. Ninguno fue enterrado, todos optaron por la cremación como si quisieran destruir cualquier remanente de aquella noche. La policía y los medios pusieron su atención en el suceso durante un momentáneo lapso de tiempo, hasta que la noticia se volvió agua pasada y el resto del mundo la olvidó. No hubo ningún luto duradero, todos buscaron seguir adelante tan pronto fuera posible. Sin embargo, la vida en Ríndesting nunca volvió a ser igual. Muchos habían perdido a sus seres queridos en aquella masacre, Calvin era el único que lo había perdido todo.

Cada vez que la falta de sus padres le sopesaba, iba a esa playa. Desde que tenía memoria, los tres la frecuentaban constantemente. Los calurosos días de verano y las heladas noches de invierno frente a las fogatas, todos los momentos vividos allí eran especiales. Al reavivar esas memorias, a Calvin se le estrujaba el corazón. Aun así, se quedaba allí, sentado y sin expresar su dolor, porque por más dolorosos que fueran, esos recuerdos eran lo único que le quedaba, además de un collar que su padre le había dado cuando era muy niño. Siempre que volvía a esa playa era como si sus padres estuvieran allí con él en espíritu, ese pensamiento de alguna forma lograba llenarlo y hacía que el dolor fuese apenas soportable.

En ese momento, unos pasos detrás de él hicieron crujir la arena, estaba tan sumergido en sus pensamientos que le llevó unos segundos notarlos. Al voltearse se topó con un hombre muy alto vestido con un abultado sobre todo negro que tenía cerrado hasta la nariz, pantalones holgados y zapatos oscuros. Usaba unas gafas de sol sumamente gruesas, un sombrero gris y guantes negros en los que tenía pegados en el dorso de cada uno lo que parecían unos pequeños diamantes púrpuras.

Calvin se estremeció al verlo y se incorporó de un salto. No se explicaba cómo podía alguien aguantar tanto abrigo en una tarde de treinta y dos grados, pero ese hombre no parecía acalorado.

El hombre encubierto habló.

—¿Eres Calvin Stone? —le preguntó.

Calvin no sabía qué contestar. Únicamente asintió con la cabeza.

—Entonces eres tú a quien le debo dar esto —dijo con su gruesa voz, mientras sacaba algo del bolsillo de su sobretodo.

Era un sobre con un sello de cera, se lo entregó con mucho desapego. Calvin lo tomó y lo vio con detenimiento, estaba gastado y manchado, debía de tener mucho tiempo que se cerró. El sello tenía la imagen de un Dragón Blanco. Calvin reconoció esa ilustración al instante, era el mismo dibujo que tenía el collar que justo entonces llevaba alrededor del cuello. Lo recogió de debajo de su camisa. Era un pequeño medallón redondo con la llamativa imagen de un dragón enrollado sobre su propio cuerpo de serpiente. Los puso uno junto al otro y ambas ilustraciones eran exactamente iguales. ¿Eso qué significaba? ¿Acaso ese sobre tenía algo que ver con sus padres?

—No lo abras hasta dentro de tres días —dijo el hombre.

Calvin estaba a punto de preguntar varias cosas, pero en cuanto alzó la mirada, el enigmático individuo ya se había ido.

Miró su reloj y se dio cuenta de que se le había hecho tarde. Guardó el sobre en su bolsillo y salió de la playa de inmediato.

Mientras emprendía el camino de regreso, pasó por la biblioteca por algún libro para leer durante el verano, sus reservas de

lectura estaban bastante agotadas. Era uno de los edificios más grandes del pueblo y resaltaba mucho a simple vista por lo antigua que parecía, incluso en un pueblo compuesto al completo de edificios viejos.

Al entrar fue recibido por el aroma a piso de madera barnizado, así como por los dos bibliotecarios.

—Buenas tardes, *Don Cal* —lo saludaron casi al unísono.

—Buenas Gabriel, Héctor —les devolvió Calvin el saludo.

Gabriel, a pesar de ser el más anciano de los dos con unos cincuenta y tantos años, era el vigoroso y lleno de energía, en ese momento estaba cargando una caja llena de libracos que debía pesar unos treinta kilos. Era alto, risueño, con el cabello tan canoso como su tupida barba que cubría casi todo su rostro. Era un hombre cariñoso, tanto que Calvin lo consideraba su propio abuelo. Él nunca había llegado a conocer a ninguno de sus verdaderos abuelos o abuelas, todos habían fallecido antes de que alcanzara la edad para recordarlos.

—Llegas en buen momento —dijo Héctor—. Nos llegó todo un nuevo cargamento esta mañana.

Héctor era unos veinte años más joven que su hermano Gabriel, un poco menos alto y menos robusto. No se parecían de cara, seguramente dado a que no compartían el mismo padre o madre. Era más reservado que su hermano, pero aun así siempre recibía a Calvin con una sonrisa.

—Bien, los ayudo y de paso veré que tienen —dijo Calvin, mientras levantaba una de las cajas del suelo.

—Estupendo, lleva esos hasta la estantería del fondo —le pidió Gabriel.

Calvin iba a la biblioteca tan seguido que pasaba casi tanto tiempo allí como sus dueños. Les ayudaba con la mercancía siempre que podía.

Trabajar con libros hubiese sido su empleo soñado, por desgracia Gabriel y Héctor no ganaban lo suficiente como para pagarle un sueldo.

La biblioteca se componía por dos plantas de estanterías de casi cinco metros de alto, divididas en diversas categorías como terror, romance, ciencia ficción y de más. Las enormes ventanas la convertían en un desfiladero solar durante el día, mientras que las antiguas lámparas de aceite conferían un ambiente elegantemente taciturno durante la noche. Un rasgo distintivo, compartido por cada edificación en Ríndesting, era su diseño del siglo pasado. Por más que el resto del mundo avanzara en el progreso, ellos se mantenían estancados, incapaces de seguir adelante, tanto en la modernidad como en sus vidas.

Al llegar a la última estantería, la de ciencia ficción, Calvin dejó la caja sobre una de las mesas de lectura y fue cuando notó un libro tirado en el piso. Tras colocarlo en la estantería más cercana con un espacio libre del tamaño adecuado, se dispuso a abrir la caja, pero se sobresaltó al encontrar el libro que acababa acomodar apoyado sobre la mesa.

La sorpresa solo duró un instante, en la biblioteca siempre pasaban cosas como esa. En su primera visita, Calvin pudo jurar haber visto un par de libros flotando en el aire y moviéndose solos de las repisas hacia los cajones y viceversa, pero en cuanto parpadeó todos los libros estaban quietos en su lugar. En otra ocasión, cuando fue a devolver el libro de una saga de fantasía y pensó en que ojalá pronto pudiera tener la siguiente parte, de una estantería alta cayó sobre su cabeza el libro en que estaba pensando. Calvin no se desvelaba descifrando esas anomalías, solo le daban más fascinación por ese lugar.

Decidió examinar el libro, el polvo que tenía encima le ensució los dedos. Era de tapa dura y muy grueso, del tamaño de una enciclopedia. La cubierta era de color rojo mezclado con azul y completamente lisa salvo por el título que estaba escrito en el centro con grandes y brillantes letras doradas: ELEMENTIUM.

Era lo único que estaba escrito en toda la parte externa del libro, no tenía un resumen en la contratapa, ni el nombre del autor o la editorial en el lomo, solo el título. Estaba protegido con un

cerrojo, supuso que no podría abrirlo, pero al intentarlo, la cerradura no se lo impidió, simplemente se abrió como si hubiese usado una llave invisible. Seguramente estaba oxidada, le diría a Héctor que le pusiera una nueva lo antes posible. Pudo contemplar la primera página. Las hojas eran amarillentas y rugosas, las palabras estaban escritas a mano con tinta china y una caligrafía verdaderamente hermosa:

«En el principio, cuando nada existía, dos dragones fueron lo primero que apareció. Uno era la luz y el otro la oscuridad. Ambos chocaron el uno contra el otro, causando una gigantesca explosión de la cual empezó a expandirse el universo.

La esencia misma de los dragones dio forma al universo. Debido al desorden y el caos que confería, lo dividieron en ocho planos de existencia. El Plano Físico, el Plano Astral, el Plano Espiritual, el Plano Mental, el Plano Atómico, el Plano Cósmico, el Plano Divino y el Plano Infernal.

Al paso del tiempo, tres dragones más aparecieron. Cada uno creó un componente básico del Plano Físico, el primero creó los cielos, el segundo creó la tierra y el último los océanos.

Los Dragones poco a poco fueron dando lugar a las distintas formas de vida. La más próspera de sus creaciones, un mundo que llamaron la Tierra, evolucionó hasta llenarse de más vida que cualquier otro mundo. Así, los Dragones crearon a los humanos, la raza responsable de dirigirla.

Después, los Dragones crearon un segundo mundo, Elementium. Cada uno de los Dragones creó en este mundo un reino correspondiente a su elemento.

Isarior, el reino de la luz.

Darux, el reino de la oscuridad.

Atlantia, el reino de los océanos.

Aerunus, el reino de los cielos.

Erender, el reino de la tierra.

Junto con los reinos nació una nueva raza humana que adquirió la capacidad de blandir los poderes de los cinco grandes creadores, volviéndose los seres más poderosos en el universo, responsables de mantener el equilibrio entre los cinco elementos y conservar la paz en todos los mundos. Los Herederos de los Dragones.

Si estás leyendo este libro significa que tu vida está a punto de cambiar para siempre al descubrir este nuevo mundo, los secretos que se te irán revelando deberás mantenerlos en secreto para que puedan guiarte a convertirte en lo que estás destinado a ser».

Calvin dio vuelta a la página, pero se decepcionó al ver que estaba en blanco así como la página siguiente y la siguiente, todo el libro estaba vacío salvo por la primera página.

—¿Todo está bien por allá? —se le escuchó gritar a Héctor desde la otra punta de la biblioteca.

—Sí, todo bien —respondió Calvin, mientras cerraba el libro y lo ponía en su lugar como a todos los otros en la caja.

Al volver a la recepción, ya no había ninguna caja. Todos los libros habían sido acomodados en las estanterías.

—Guau, sí que trabajan rápido —dijo Calvin en tono de asombro.

—Son años de experiencia, Don Cal —dijo Gabriel—. Por cierto, ¿No tenía que irse a casa ya?

A Calvin lo tomó desprevenido darse cuenta de que tenía razón. Gabriel sabía muchas cosas, pero no solamente cosas sobre el mundo que se pueden aprender en los libros, sino cosas sobre las personas, cosas que nadie más podría saber. Cuando se conocieron, Gabriel supo su nombre sin que siquiera se lo dijera y le inventó ese apodo «Don Cal». Hubo un tiempo en que lo creyó un figón que espiaba a la gente, o tal vez un adivino con una bola de cristal. Calvin no paraba de avergonzarse de lo infantil que podía llegar a ser su forma de pensar.

—Tienes razón —dijo—. Es mejor que me vaya antes de que mi tío me eche una bronca. Vendré a verlos más tarde.

Tras una cordial despedida de Gabriel, Calvin se marchó de la biblioteca.

En cuanto estuvieron seguros de que nadie los escuchaba, los dos hermanos bibliotecarios se pusieron a hablar.

—¿Estás seguro de que es el momento de mostrárselo?, aún es un niño —dijo Héctor, haciendo un gesto con su mano como si le estuviera pidiendo a alguien que se acercara.

—¿Alguna vez se ha equivocado mi don? —repuso Gabriel, mientras el libro de *ELEMENTIUM* flotaba desde el fondo de la biblioteca hasta posarse sobre el recibidor.

—No, nunca —reconoció Héctor—. Pero aun así no creo que esté listo.

—Pudo abrir el libro —afirmó Gabriel—, significa que sus poderes ya están maduros.

—Si es así, es momento de que se vuelva suyo.

Héctor puso su mano sobre el libro y este empezó a brillar con la luz más pura que pueda haber. En un abrir y cerrar de ojos, el libro desapareció.

Calvin pisó de una en una las rocas romboides que formaban el sendero al pórtico de su casa. Abrió sin usar la llave, sus compañeros de vivienda parecían creer que el seguro de la puerta estaba de adorno.

Encontró a su tío Mordican sentado en el sofá del comedor leyendo el periódico con un habano entre los dientes. Era un hombre petiso, robusto y calvo, había más pelo en sus brazos que en el resto de su cuerpo, su nariz era grande y alargada asemejando el pico de un cuervo. Vestía su habitual traje de montañero irlandés: una camiseta blanca, unos pantalones de tirantes y un sombrero de fieltro con una pluma azul.

—Hola, ya llegué —se anunció Calvin.

—Sí, eso veo —le respondió Mordican sin desprenderse del habano humeante.

Uno normalmente esperaría un recibimiento un poco más cálido o por lo menos un «hola, ¿cómo te fue?», pero después de cinco años de vivir con él, Calvin pudo entender que la cortesía no era parte de la forma de ser de su tío.

Por el rabillo del ojo, Calvin vislumbró un prominente charco de agua que venía desde la puerta que daba a la cocina.

—La cañería tiene una fuga —le dijo su tío, como si Calvin fuera un plomero a domicilio—. Narciso intentó repararla, pero terminó inundándolo todo.

En eso, su primo Narciso entró por la puerta de la cocina con toda la ropa mojada. No era más de dos años mayor que Calvin, pero parecía llevarle muchos más debido a que era muy corpulento y fornido, además de sobrepasar a Calvin en estatura por más de media cabeza. Tenía cabello oscuro, ojos pardos, una quijada ancha y vestía con ropas similares a las de su padre, pero sin tirantes y sin sombrero.

—No tienes por qué echarme la culpa —remilgó—. Es que no se me dan bien las herramientas.

—Avisame cuando encuentres algo que se te dé bien, organizaré un festejo —dijo Mordican, golpeando el habano contra el borde del cenicero.

—Sabes que antes hay que cerrar la válvula principal, ¿no? —inquirió Calvin.

—Claro que sí, es solo que en el momento lo olvidé.

Narciso era el clásico prospecto de adolescente con cuerpo de gorila y cerebro de hormiga. Calvin a veces se preguntaba si realmente era tan tonto o solo lo aparentaba.

—Veré que puedo hacer —dijo Calvin.

Narciso se desplomó en el sillón junto al sofá y Mordican dejó el diario para tomar el control remoto y encender la televisión. Calvin sabía que esa escena solo significaba una cosa, tenía que prepararles el almuerzo a esos dos holgazanes.

Su relación con esos dos no era la que se esperaría entre primos o entre un tío y un sobrino. Cualquiera que no los conociera jamás podría adivinar que eran parientes. Calvin nunca fue cercano a ellos, rara vez los veía, pese a que vivían a tres calles de su casa. Su madre solía decirle que ella y Mordican habían tenido un conflicto personal demasiado serio que los había llevado a distanciarse, nunca le explicó más allá de eso por más que Calvin le insistiera. Calvin nunca había tenido nada que se le pareciera a un hermano, por eso se interesaba en entender la relación que mantenían su tío y su madre.

Cinco años se cumplían desde que Calvin vivía con Mordican y Narciso, y prácticamente seguía en iguales condiciones con ellos. Rara vez mantenían una conversación que abarcara más allá de las

necesidades cotidianas o lo que sucediese en el momento. A veces discutían, pero siendo Calvin un ser tranquilo y distante, casi nunca había disturbios que él ocasionara. A pesar de que no podía decir que los quería, eran la única familia que le quedaba, por estresantes que pudieran ser.

Con apenas entrar a la cocina sus pies se empaparon. El piso estaba cubierto de agua como si hubiese llovido dentro de la casa. Caminó hasta el armario de suministros chapoteando con cada paso y sacó el trapeador y un balde. Cuando la cocina quedó parcialmente seca, se puso a cocinar. Calvin nunca fue un buen cocinero, pero al vivir con dos personas que eran incapaces de poner un dedo sobre una sartén más que para golpear a alguien en la cabeza, se vio obligado a aprender.

Puso aceite a hervir en dos sartenes sobre la hornalla engrasada. Sacó del refrigerador los huevos que había comprado el día anterior, no eran de la mejor calidad, pero era lo mejor que el diminuto mercado del pueblo podía ofrecer. Peló y cortó las patatas y cebollas, luego las echó al aceite procurando no salpicarse, ya había cometido ese error la primera vez y había sido suficiente para aprender a ser cuidadoso. Rompió un par de huevos en la otra sartén y batió los demás dentro de un recipiente de plástico con un tenedor de dientes torcidos.

Por más que quisiera centrarse en su tarea, su mente no se alejaba de aquel atípico personaje de la playa. ¿Quién era? ¿Qué había en ese sobre? ¿Por qué debía esperar tres días? ¿Por qué debía dárselo a él? Esas preguntas y muchas más no dejaban de dar vueltas por su cabeza mientras preparaba las tortillas y los huevos fritos. Se cuestionó si lo conocía, pero no pudo relacionarlo con nadie en su memoria. Tal vez todo fuese una elaborada broma, de esas que hacen en los programas de cámara escondida. Pero, ¿y si lo que había en ese sobre era importante? ¿Y si tenía algo que ver con sus padres?

Escuchó el llamado de su tío para que les llevara la comida. Les entregó los platos en mano sin ningún intercambio de palabras. No quiso decirles nada acerca del sobre o el episodio en la playa, además

estaban muy ocupados viendo un programa de concursos en la televisión y devorando la comida cual animales como para escucharlo.

Al finalizar, Mordican y Narciso se marcharon a sus habitaciones dejando los platos y cubiertos sucios tirados sobre la mesa de centro. Calvin fue a retirar los platos cuando escuchó lo que se estaba anunciando en el noticiero:

«Un huracán de los más grandes que se han visto en la historia azotó gran parte de Centroamérica y causó desastres masivos», decía el hombre sentado tras el mesón transparente.

Calvin ocupó el sofá escuchando atentamente.

«Con centenares de edificios y viviendas destruidos, se calcula aproximadamente más de diez mil personas muertas, esta pobre gente no muestra signos de recuperación».

Proseguía dando noticias sobre toda clase de desastres naturales. Sin explicación aparente, los cataclismos habían azotado el planeta sin cesar los últimos años. Se mostraban imágenes de lo que parecía una ciudad tras la explosión de una bomba nuclear y funcionarios de distintas organizaciones de emergencia ayudando a personas desvalidas en medio del desastre.

«Sumado a los frecuentes terremotos en los países montañosos y las inundaciones en las zonas costeras, estos desastres naturales son cada vez más frecuentes y cada vez causan más daños».

Calvin caminó hasta el televisor y lo apagó desde el botón bajo la pantalla. Le deprimía escuchar esas noticias, el mundo literalmente se caía a pedazos. Lo que más le irritaba era la dramatización que esos noticiarios ponían alrededor del sufrimiento ajeno solo para lograr un mejor rating. Lo mismo habían hecho cuando sucedió el ataque al pueblo, ninguno de esos falsos comentaristas sentía la menor empatía por las víctimas de esos desastres.

Le despertó el apetito, así que llevó los platos a la cocina y calentó algunas sobras para él. Pudo rescatarse varios bocados de carne y un par de porciones de tortilla. Había tenido suerte, usualmente solo conseguía algunos huesos de pollo a medio comer y sobras quemadas o mal cocidas. Se comió todo lo que pudo y se

bebió un par de vasos de agua junto con una taza de café descafeinado con la poca leche que quedaba en la casa.

Era otro de los frecuentes momentos en los que se sentía como el adulto que vive y cuida por sí mismo a dos niños incapaces de mantenerse solos. Calvin debía hacer cada tarea de la casa, limpiar, cocinar, hacer las compras, incluso tenía que trabajar en una taberna porque el trabajo de su tío como vendedor apenas les daba dinero suficiente para pagar las cuentas y Narciso no trabajaría ni aunque su vida dependiera de ello, aunque nadie en su sano juicio lo emplearía tampoco. Ellos no obligaban a Calvin a hacer todas esas labores, él mismo se ofrecía. Cuando no tenía nada que hacer, era cuando el dolor y la pena lo dominaban. Por eso, siempre buscaba una forma de mantenerse ocupado.

Después de lavar los platos, Calvin fue a su habitación. Sacó el sobre de su bolsillo y se quedó mirándolo, cuestionándose si debía abrirlo o no. Finalmente lo guardó en el cajón de su mesa de noche y se tiró en la cama.

Usualmente usaba esos últimos momentos de la tarde para reflexionar o tan solo dormir una siesta, pero no podía deshacerse de la perturbante sensación de que alguien lo observaba. Al girar la cabeza vio una sombra tras las cortinas. Intempestivamente se asomó a la ventana, pero no había nadie al otro lado. Pensando que solamente había sido su imaginación, Calvin se apartó y regresó a su cueva mental.

Mientras cerraba las cortinas, a pocos metros de distancia, una persona atrás de un árbol lo bastante ancho como para esconderlo de miradas avizoras hablaba por un teléfono celular y se le escuchó decir:

—Logró llegar, está a salvo... por ahora —y colgó.